

MARX Y LA CRISIS DE LA SOCIEDAD DEL TRABAJO

PRÓLOGO

Durante los últimos años, la cuestión acerca de la actualidad del pensamiento de Karl Marx ha suscitado un renovado interés, tanto en círculos académicos como políticos. El estrepitoso colapso de los socialismos realmente existentes, hecho aunado al afianzamiento global del capitalismo como sistema hegemónico de organización económico-social, habían sido interpretados por muchos como una definitiva condena histórica de su obra. En medio de un horizonte en el que se proclamaba el “fin de la historia”, su pensamiento fue contrapuesto a toda implicación emancipatoria, e incluso acusado de complicidad con el peligro totalitario. Sepultado en un pasado ya caduco del que supuestamente nos habríamos sustraído, la vigencia de su legado parecía agotarse. En un contexto en el que el capitalismo parecía haber finalmente demostrado su superioridad como forma de organización socio-económica,

el conjunto de su obra pasó a ser considerado como un espectro desencarnado y obsoleto, un objeto vetusto reservado al análisis anticuario del historiador de las ideas, una filosofía perimida que poco o nada tenía para decir frente al presente.

Sin embargo, los acontecimientos históricos ocurridos durante las últimas tres décadas se han encargado de impugnar este dictamen. La afirmación según la cual el capitalismo se habría convertido en un sistema total, unipolar y globalizado, cuyos efectos contrastísticos habrían sido finalmente regulados, alcanzando una definitiva conciliación y racionalización de sus contradicciones, muy pronto se reveló como un espejismo. Crisis recurrentes, desplomes de economías, inestabilidades de los mercados, desaceleración del crecimiento, millones de desempleados, pérdidas de derechos y garantías democráticas, entre otros, son sólo algunos

de los síntomas de una situación que ha alcanzado niveles mundiales. Un elemento central a esta suerte de inestabilidad sistémica se vincula con las transformaciones que, dentro de la dinámica histórica del capitalismo, ha sufrido su propio fundamento: el trabajo. Tales transformaciones han estado vinculadas con una cada vez más creciente dificultad de producción de valor (finalidad última del sistema productor de mercancías), corolario del acelerado desarrollo tecnológico y de la racionalización de los procesos organizacionales del trabajo. La incorporación de nuevas tecnologías dentro de la esfera del trabajo ha significado un incremento de los niveles de productividad históricamente inédito, aparejado a un desplazamiento de la fuerza de trabajo humano del ámbito de la producción, lo cual ha puesto en una situación crítica al conjunto de sociedades capitalistas. Dada la universalización de los avances tecnológicos (que permiten producir más y en menos tiempo), impulsada por la competencia capitalista, las tasas de crecimiento del valor han tendido a reducirse. Esto ha obligado al conjunto social a buscar nuevas formas de producir valor que amortigüen los efectos nocivos de las crisis, los cuales, a la larga, no han hecho otra cosa que agravarla. Así, por ejemplo, ante la imposibilidad de acumular capital real, la financiarización se ha convertido en uno de los recursos privilegiados para mantener con vida el sistema, y dilatar su colapso. En ese mundo de riqueza artificial, centrado en la noción de crédito (del capital futuro que nunca llega a actualizarse, lanzándose indefinida-

mente hacia “adelante”), se alimenta la especulación y se producen serias repercusiones en la economía “real”, afectando la calidad de vida y subsistencia de millones.

En términos concretos, la superfluidad del trabajo (el hecho de que sea cada vez menos necesario para producir riqueza material), abre pues una creciente paradoja dentro de un mundo social anclado en la necesidad de producir valor. La tecnología ahorradora de trabajo (que hace más eficiente el proceso productivo) podría permitir minimizar el trabajo tortuoso, reducir el tiempo dedicado socialmente a actividades grises, embrutecedoras y carentes de sentido y conquistar el tiempo libre. Sin embargo, esto no sucede. La finalidad abstracta del proceso productivo da lugar, de un lado, a la cotidiana aparición de trabajos inútiles —separados plenamente de toda idea de realización individual y de producción de riqueza material—, al tiempo que se incrementan las masas de personas condenadas al desempleo crónico o eventual, personas carentes de trabajo asalariado —y, por tanto, de dinero suficiente para dedicarse al consumo básico—. En ese contexto, cada vez más seres humanos se vuelven “no rentables”, y son convertidos en “residuos humanos”, que ya no sirven ni para ser explotados. La marea de marginados crece rompiendo todos los diques de contención del sistema, alcanzando los lugares o regiones en donde se suponía que el capitalismo funcionaba “normalmente” y sin mayores distorsiones. Las potencias capitalistas se convierten en el destino de miles de migrantes —“condenados de

la tierra”, que no encuentran salidas a la precariedad reinante en sus países de origen—, en donde pasan a ocupar zonas de exclusión (social, económica y cultural) en las que se enfrentan a todo tipo de formas de segregación y violencia.

Devenida condición permanente de existencia, la crisis capitalista no sólo tiene tintes económicos. En los albores del siglo XXI, el crecimiento económico imparable y masivo, convertido en imperativo incuestionable de la existencia socio-individual, parece reñir con los límites de lo posible. Desde la multiplicación de convulsiones y la reactualización continua de formas de violencia social generalizada, hasta la devastación de psicologías individuales, la crisis de la sociedad del trabajo permea cada rincón de nuestras existencias. A los altos niveles de pauperización alcanzados en países del capitalismo periférico, y a las crisis que permean las economías de los países del capitalismo central, se suma la creciente proliferación de una serie de conflictos raciales, militares, religiosos y de género, que alimentan la emergencia de extremismos y autoritarismos políticos. Las consecuencias de la situación actual se extienden incluso más allá de las fronteras del mundo social humano, y terminan por afectar la vida en su conjunto. El avance ciego y arrollador del aparato económico, cuya finalidad última es incrementar la producción de valor, acelera la explotación de recursos naturales, produciendo una agresiva devastación del medio ambiente, que

termina por poner en riesgo la base material de la existencia en el planeta.

La idea de una vuelta al pleno empleo, de un retorno al Estado de bienestar, así como las recetas de austeridad y los excepcionales y pasajeros “milagros económicos” locales o regionales, que permitirían pensar en la posibilidad de revitalizar de una vez por todas el funcionamiento económico capitalista, se revelan como ilusorias respuestas frente a una crisis que cuestiona seriamente la centralidad del trabajo como eje estructurante de la sociedad, de la subjetividad, del tiempo y de la vida. No obstante, y pese a un estado de salud que resulta cada vez más precario, el capitalismo persiste a partir de la amplificación de sus patologías. A lo largo del tiempo, ha demostrado ser un sistema social que, a pesar de las grietas que continuamente amenazan con desintegrarlo, logra metabolizar sus contradicciones internas, manteniendo en pie su propia dinámica.

La palmaria actualidad de esta situación, crecientemente antagónica y liminar, exige repensar la vigencia de la teoría social de Marx. Inseparable de objetos y problemas de reflexión que han permanecido irresueltos sin haber perdido la más mínima urgencia, su pensamiento ofrece importantes herramientas teóricas que exigen ser repensadas y reapropiadas para comprender las múltiples metamorfosis gestadas en el seno de la modernidad capitalista, en términos tanto de sus contradicciones, continuidades, discontinuidades y rupturas históricas, como de los horizontes y alternativas que pueden ser prefigu-

rados hacia el futuro. Claramente, afirmar la vigencia de su obra no significa ya hacer una ciega defensa de su teoría social que termine por revestirla de sacralidad. Antes que orientarse hacia una inoficiosa restauración o pretenciosa corrección monolítica y sin fisuras de su teoría, una reapropiación fructífera de su pensamiento insta a aprovechar el potencial latente en sus elementos activos, terreno fértil para la comprensión de algunos de los problemas más apremiantes que acosan al mundo contemporáneo. Su pensamiento, antes que una suerte de hermética y osificada *concepción del mundo*, un credo inmarcesible que obcecadamente se reafirma en su fijeza, constituye un mar-

co teórico inacabado y dinámico, que transforma sus límites al ritmo marcado por el desarrollo histórico de su objeto de estudio: la modernidad capitalista. Es a partir de ese carácter dinámico que el pensamiento de Marx exige ser reapropiado, desarrollado y profundizado como una herramienta que puede contribuir a atravesar los muros impuestos por ese realismo capitalista ubicuo a nuestras formas de acción y pensamiento, para, desde allí, buscar alternativas viables y progresistas que permitan mejorar efectivamente nuestras condiciones de existencia socio-individual.

Juan Diego González Rúa¹

* Doctor en Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. Correo: juandiegog@gmail.com